

80

Los hombres se miraron entonces con
que ella y preguntó cómo los dioses
sacaron de allí y la metieron en el coche
que en la calle las esperaba.
—Por dónde vamos señor Rivas?
Preguntó uno de los que habían sacado a
Pilar dirigiéndose a un hombre que los es-
peraba dentro del carruaje.
—Al callejón de Guadalupe, número
veintidós, en la casa número
veintidós.

CAPITULO VI.

Donde se cuenta lo que le pasó al padre de Pilar.

D. Andrés y el desconocido caminaban á prisa y en silencio por calles retiradas, muchas de ellas desconocidas del primero.

De repente se detuvo el segundo enfrente de una casa baja de mal aspecto, cuyo zaguan estaba cerrado.

—Espéreme vd. aquí:—dijo el hombre á D. Andrés.—Esa es la casa; pero antes de que vd. entre, quiero asegurarme de si está solo su hijo de vd.

—Muy bien.

Contestó el padre de Pilar. Entonces el desconocido pasó á la otra acera, empujó la

puerta del zaguan que cedió á su impulso, y entró en la casa volviendo á cerrar la puerta.

D. Andrés se puso á esperar, contento con la esperanza de volver á ver á su amado hijo. Ya no le parecía tan insupportable el destierro hácia el que tenia que marchar al siguiente dia. Sus dos hijos eran todo su amor, y con ellos ya se consideraba feliz en cualquiera parte del mundo.

Entregado á tan lisonjeras ideas, miró trascurrir media hora sin que el personaje que habia entrado, volviera á salir.

—¿Le habrán sorprendido?

Pensó para sí: y esperó impaciente otro cuarto de hora mas. Pero el hombre no parecia, y D. Andrés, no pudiendo resistir á la impaciencia de ver á su hijo, se decidió á entrar.

El animoso anciano cruzó de una acera á otra, empujó la puerta, y penetró en el edificio, en el cual reinaba la mayor oscuridad y el mas profundo silencio. D. Andrés miró hácia todas partes, y solo vió cuartos

arruinados en que ninguno habitaba. Anduvo algunos pasos mas, y se encontró en un gran patio de derruidas paredes que daba al campo. Como nadie habia tampoco en aquel patio, temió D. Andrés que le hubiesen tendido un lazo, y empezó á llamar en alta voz, sin que nadie respondiera á sus palabras.

Entonces conoció que sus enemigos se habian valido de su credulidad para perderle, y su corazon tembló, con la memoria de su hija á quien habia dejado sola.

La maldad de Rossi se presentó á su imaginacion con toda su deformidad, y sospechó que, aquel paso, habia sido dirigido por él para apoderarse de Pilar.

Combatido por esta idea que heló toda su sangre, salió precipitadamente de aquellas ruinas, atrevesó en alas del amor paternal, las calles de México; penetró en su casa con el corazon palpitando de temor, llamó desde la escalera á su hija; subió de tres en tres los escalones con la ansiedad que causa el presentimiento de una desgracia, y viendo que nadie respondia, entró en la

habitacion de Pilar que la encontró sin el amado objeto que buscaba.

Pintar la desesperacion de aquel desdichado padre al encontrarse sin su amada hija, seria imposible: cosas hay que solo el que tiene conocimiento del mal, puede figurarse lo que padecerá otro en circunstancias iguales. Nunca tendrán las palabras la fuerza del sentimiento, por muy bien dichas que estén; pues nunca la pintura puede igualar á la naturaleza.

D. Andrés lloró, llamó á su hija, la buscó por todas partes, y pasó toda la noche como un loco.

La luz del nuevo dia vino á aumentar su dolor y á hacer mas horrorosa su situacion.

Tenia que partir, y Pilar se quedaba, sin duda, en manos del pérfido Rossi que trataba de perderla y deshonorarla!... ¡Terrible conflicto!

El coche de camino paró en aquel momento en la puerta, y dos agentes de policía entraron adonde estaba sin consuelo el desdichado padre, á quien ordenaron se pusiera inmediatamente en camino.

D. Andrés suplicó que le dejaran buscar á su hija; pero sus ruegos fueron inútiles: la orden del gobierno era terminante; y los agentes de policía, auxiliados de los soldados que debían custodiar, le obligaron á entrar al carruaje, que pocos instantes después salía de la capital llevando á aquel inconsolable padre, que dejaba en ella los mas caros objetos de su corazón.

CAPITULO VII.

La expulsion.

México presentaba el aspecto mas triste y desgarrador en los terribles días que se llevaba á efecto la funesta ley de expulsion.

Millares de familias de españoles, unas en coche, en carros otras, muchas en flacas caballerías, y á pié todas aquellas que no contaban con recursos pecuniarios para hacer el viaje con menos incomodidad, salian de todos los puntos de la República, y se dirigian al puerto de Veracruz, donde se debían embarcar para otros países.

Las lóginas de York, habian logrado ya lo que tanto habian deseado.

Los Estados-Unidos, bajo cuya influencia obraban los principales jefes de aquellas sociedades secretas, vieron realizada la idea que por mucho tiempo habian halagado; la de engrandecer su país con los males de los mexicanos, abriendo las puertas de su patria á los hacendados y comerciantes españoles que, con sus inmensos capitales, les llevaban la riqueza que tanto habian codiciado.

Mas de doce millones de duros que pudieron recoger de los inmensos capitales que dejaron en el país, pasaron de golpe á circular al Norte-América, que, poco despues vió llegar á su seno el resto de las fortunas de tantos expulsos, segun iban vendiendo sus haciendas, fábricas y negociaciones que habian dejado encomendadas á personas de confianza para su realizacion.

Sin embargo, muchas voces se levantaron en el congreso para probar los males que á la patria sobrevendrian con la ley de expulsion que arrancaba del suelo los mas fuertes capitales, y dejaba desiertas las poblaciones, compuestas en gran parte, de fami-

lias de españoles, que se disponian á seguir á sus padres, á extraños y lejanos países, de donde tal vez, no volverian jamas.

Entre los que sobresalieron por su energía, por la rectitud de principios, su franqueza, su honradez y las sólidas razones con que patentizaba la inconveniencia de expulsar á los españoles, debe figurar en primer término, D. Manuel María Perez, gobernador de Veracruz en aquella borrascosa época, quien, al recibir la órden del gobierno para que publicase en su Departamento la ley de expulsion, se negó á hacerlo, manifestando que la consideraba contraria á los intereses de la patria.

Los comerciantes españoles de Veracruz, y los que llegaban con sus familias de los demas puntos para embarcarse, respiraron un momento, porque aquella resolucion del gobernador, les permitia disponer, siquiera, de algunos dias mas para dejar menos abandonados los intereses que, por la premura del tiempo, se veian en la dura necesidad de dejarlos encomendados á extrañas manos. Pero la luz benévola de aquella estre-

lla que aparecía en medio de la tempestad, no podía alumbrar por mucho tiempo.

El pueblo, sabedor de lo que pasaba, y capitaneado por agentes del gobierno, se agolpó á las puertas de su casa, amenazándole con la muerte, si no publicaba en el acto la expresada ley. D. Manuel María Pérez, lejos de acobardarse con aquella demostración hostil, se presentó en el balcón y habló á la multitud en nombre de la humanidad, de la justicia y del bien de la patria, procurando disuadirla de su empeño. Pero todo fué inútil: las turbas, al ver su resistencia, echaron á tierra las puertas, penetraron en su casa con intención de asesinarle, y él se vió al fin precisado á huir, para salvarse del furor popular.

Este rasgo, dictado por la rectitud de principios que profesaba, agregado al patriotismo á toda prueba que la nación entera reconocía en él, fueron, pasada aquella agitada época de efervescencia y de delirio, los que rodearon su nombre, entre españoles y mexicanos, de un prestigio y respeto

que son el mejor elogio que hacerse puede de sus altas virtudes.

Don Andrés llegó á Veracruz enfermo y abatido: la memoria de sus hijos, y muy particularmente de Pilar, tan pérfidamente arrebatada de su casa la noche en que valiéndose de un engaño lograron separarle de su lado, afectó en grado tan alto aquel corazón noble y paternal, que muchos de sus compañeros de infortunio temieron por su vida.

Obligado como todos á embarcarse inmediatamente en los buques norte-americanos que habían acudido al puerto para especular con los desgraciados, ajustó su pasaje en un precio exorbitante, y se trasladó al barco que debía conducirle á extraños países.

Dada la señal de partir, los marineros levaron anclas, y el piloto dirigió la proa del bajel hácia el rumbo que debía llevar.

D. Andrés, colocado en la popa del buque, y apoyado en la obra muerta, contemplaba con el corazón oprimido, las playas

mexicanas, de que se iba alejando tal vez para no volver nunca.

Poco á poco se fué perdiendo de vista la tierra; y D. Andrés, que tenia fijos los ojos en ella, al verla confundirse en el horizonte y desaparecer al fin entre las espumosas olas, sintió una opresion aguda en su pecho, que hacia penosa su respiracion, dirigió su mirada al cielo como el hombre afligido que se mira abandonado del mundo, y volviéndola á colocar en el rumbo en que dejaba los objetos mas caros de la vida, exclamó con el acento mas profundo de dolor.

¡Hijos de mi alma!.... ¡Adios!.... adios!....

Y los sollozos ahogaron sus palabras, mientras sus lágrimas iban á confundirse con las brillantes aguas del inmenso mar.

Pero dejémosle entregado á las melancólicas ideas que ocupan su mente, pues ellas son el dulce alimento del desgraciado, y digamos algo sobre la desaparicion de Carlos.

¿Era realmente á él, á quien encontró Enrique muerto en la lógia de San Juan de York?

Sin duda alguna.

¿Cómo es, se preguntará ahora el lector, que siendo Carlos hijo de español y contrario á la doctrina de expulsion que predicaba el partido yorkino, pertenecía á las lógias de éstos? Voy á decirlo. El hijo de D. Andrés, conociendo que la mejor manera de interceder por su padre, era pertenecer á los que habian resuelto la expulsion de españoles, se inscribió en ellas para que, atendiendo á los servicios que al partido fingia prestar, exceptuaran á su anciano padre de la terrible ley que debia arrancarle del suelo que amaba como á su patria. El noble jóven contaba con el buen corazon de sus compatriotas, y hubiera conseguido, sin duda, su objeto, si Rossi, llevado de la idea de hacer salir de México á D. Andrés, por las razones que el lector irá viendo mas adelante, no hubiera cortado el hilo de sus dias. Pero á los planes del capitan sardo, convenia oponerse á todo lo que favoreciese al hombre que se habia propuesto perseguir, y no le faltó un pretexto para medir su espada con la de Carlos que, por su par-

te, odiaba á aquel malvado con todo su corazón.

Hé aquí lo que provocó el duelo entre Rossi y el hermano de Pilar.

Poco antes de que Miguel penetrara en la lógia para descubrir el secreto que á Fernando conducía, habia entrado Cárlos. Rossi que, en aquella noche tenia á su cargo recibir la contraseña de los sócios políticos, al abrir la puerta hizo de ex-profeso, que Cárlos tropezara con él.

—Torpe está vd. esta noche.—Le dijo con tono grosero é insolente, buscando un pretexto para reñir.—El hombre bien educado mira donde pisa para no nivelarse con las bestias.

—Y vd. está altamente grosero—contestó con furia reconcentrada el jóven—para aspirar al nombre de caballero.

—Pronto le haria ver á vd. que lo soy, si vd se considerara con bastante sangre fria para ensayar la prueba.

—Nunca acostumbro desairar peticiones de esa naturaleza.

Contestó Cárlos, exaltándose por grados,

y llevando la mano á la empuñadura de una espada que llevaba oculta debajo de la levita.

—En ese caso, pronto podrá vd. resolver mis dudas.

—Bien, salgamos.

—Yo le iba á suplicar á vd. que entráramos.

—¡Cómo!

—Piezas hay en este edificio, por las cuales nadie pasa, y que guardarán el secreto con mas fidelidad que el bosque mas apartado.

—Como vd. guste. Pero faltan padrinos.

—Una persona hay que escucha nuestra conversacion, que será el mio.

Y á una órden de Rossi, un sócio, com patriota de él segun su acento, bajó del corredor, desde donde habia presenciado la anterior escena.

—¡Es decir—exclamó Cárlos sorprendido—que estaba ya premeditado este lance?

—Sí; lo estaba; porque yo he jurado vengarme de los desprecios que de vdes. he recibido, labrando la ruina de toda su familia.

—No perdamos los instantes: entremos: no faltará en los pasillos algun amigo que se digne servirme de padrino.

En aquel momento llamaron á la puerta: Rossi recibió la contraseña, y abrió.

—Buenas noches.

Dijo penetrando en el espacioso zaguan el que habia llamado, y que vestia el traje con que iban aquella noche los socios.

—Cárlos reconoció en la voz á uno de sus mas leales amigos, y le habló algunas palabras en secreto, á las que el nuevo personaje contestó con una señal afirmativa. Entonces el hermano de Pilar, dirijiéndose á Rossi, le dijo:

—Vamos.

Y los cuatro se dirijieron al cuarto en que Enrique encontró muerto á Cárlos.

Allí, seguros de no ser sorprendidos, y á presencia de los padrinos, cruzaron sus espadas luchando con indecible arrojo y maestría, hasta que la suerte, favoreciendo á Rossi, hizo que Cárlos cayese sin vida á los piés de su implacable enemigo.

CAPITULO VIII.

¿Será ella?

En tanto que la hermosa Pilar se ve arrebataada por el hombre que ha jurado poseerla á toda costa, y marcha D. Andrés hácia otros países sin sus queridos hijos, únicos apoyos con que contaba en su vejez y su destierro, D. Antonio se encontraba desterrado en uno de los pintorescos pueblecillos de indios que se levantan á orillas del canal que une los dos grandes lagos de Chalco y de Texcoco, que embellecen el frondoso, exuberante y espacioso valle de México.

Este pueblecillo es Ixtacalco, que viene de las voces *ixtla calli*, que significa *casa*